

Los Cuentos de Fin de Mes

LA PEQUEÑA HISTORIA DE COSME CEFERINO

Le destinaron a Barcelona y como no le faltaba un duro, a pesar del uniforme lo pasó bastante bien. Su padre le había enseñado a conducir, consiguió colocarse de chófer y le quedaban las tardes libres.

Seis meses antes de licenciarse encontró trabajo en un taller. Allí fué todos los laborables, de las quince horas en adelante. Sabía cuando entraba pero no la hora en que iba a salir. Algún día cenó en el taller y regresó a la Pensión a la medianoche. Se especializó con el soplete y consiguió ser un soldador de primera fila. Igual soldaba con estaño que con plomo que con lo que fuera. En los países pobres, el ingenio y la habilidad de algunos se agudiza hasta límites inverosímiles.

Ya licenciado, estuvo en la aldea dos meses y quedó harto de ella. Regresó a Barcelona y se colocó en un garaje. Unos turistas alemanes le vieron trabajar y consiguieron hacerle comprender que en Francfort ganaría mucho dinero.

Unos meses después, con su amigo Emilio, también soldador, arreglada la documentación y con la manta liada a la cabeza, compró billete para el autocar que realiza el trayecto —unas ochocientas pesetas— iniciando la aventura.

Hasta la frontera todo les pareció magnífico. Cruzado el Pirineo comenzaron a inquietarse. Todos los viajeros hablaban alemán y ellos no entendían nada.

Ellos y las maletas, en una acera de Francfort, constituían la estampa de la indecisión o de la perplejidad. No llevaban ninguna dirección; no sabían nada de nada. Tenían hambre y estaba oscureciendo.

El viejo Cosme me ha asegurado que la aventura terminó felizmente. He leído la carta, recibida a los quince días de su marcha:

«...Nos metimos en un hotel donde

cenar y dormir nos costó quince marcos a cada uno. En este plan pronto íbamos a acabar el dinero. Al día siguiente pronto empezamos a buscar. Dejamos la maleta en una portería, acordamos encontrarnos en un punto determinado y Emilio fué por un lado y yo por otro. Cuando veía un taller me metía dentro y pedía trabajo. Me las arreglaba aga-



rrando un soplete y gesticulando. Pero no había nada a hacer... Así estuvimos colar de hormiga, un Urbano me indicó una Agencia de Colocaciones. La Agencia tiene un intérprete español. Enseñé mis referencias, apunté también a Emilio y volvimos al día siguiente.

¡Magnífico! Habíamos dado en la diana.

tres días Cuando ya todo lo veíamos Estamos trabajando en un bonito

taller del centro. Gafo el doble que en Barcelona y, viviendo mejor, gasto menos:

Por cinco marcos Emilio y yo comimos, el domingo, un pollo, después de un entremés, con vino pan y postre.

Aquí se trabajan solamente cinco días a la semana. Con cuarenta horas es suficiente. Sábado y Domingo son festivos y está prohibido hacer horas extraordinarias. Comiendo y vistiendo bien ahorraré 1.500 ptas. mensuales y espero, en cuanto sepa el idioma, mejorar mi situación. No hay nadie que sepa soldar tan bien como yo. Me han dicho que los obreros españoles son muy solicitados.

Me han dicho también que la ciudad quedó destruida con la guerra. Pero no he visto ruinas por ninguna parte. Al contrario, calles espaciosas, edificios enormes y todo muy limpio.

Se trabaja a gusto aquí y la gente es muy amable y bien educada. Al menos, así parece por el momento...»

Cosme, con la carta entre las manos, me mira interrogante. El hombre ya no es joven y vive sólo. Muriósele la mujer hace tres años.

— Bien; me parece bien — le digo.

— ¿Será verdad?

Y, ¿por qué no? Estos alemanes son únicos. Tienen mucho disciplina, son constructivos, saben trabajar. Es preferible trabajar poco y bien que mucho y mal. Aquí perdemos mucho tiempo despotricando o comentando el fútbol del domingo. Tu hijo ha encontrado buen acomodo.

— Lamenta el clima.

— Alguna pega tiene que haber. ¡Nuestro sol amigo! Esta sí que es una riqueza que nunca podremos malbaratar... Pero ya se acostumbrará.

— ¿Tú crees?

Yo no sé lo que creo. Como tampoco sé si al contar esta pequeña historia queda claro el protagonista. Porque, vamos a ver, amigo: ¿Dónde está la cuestión? ¿En el hijo que se va o en el padre que se queda?

Antonio Miralles Manresa